



## Un JARDÍN de novela

Por Isabella Falco \*

Cuando se habla de la jardinería como pasatiempo, una se imagina a sí misma con mandil y botas escarbando la tierra que palpita con lombrices, sembrando semillas, recortando tallos. Escribo recortar y recuerdo el caso de la mujer que hace poco se electrocutó podando sus rosas un domingo en su propio jardín. Quién lo hubiera dicho. La jardinería puede resultar una actividad cargada de peligros insospechados. Pero también puede ser una total inactividad. El que menos tiene ahora, sobre su escritorio, un jardín japonés con una pala, un rastrillo y una piedra que cambia a cada rato de lugar, ejercicio zen que es a la vez arte y meditación.

Pero no estaba preparada para que la visita a un jardín inglés resultara tan trascendente como una iniciación oriental. Alerto a los lectores que yo fui debidamente iniciada en técnicas de meditación hindúes por un gurú de mi misma edad, allá por los años de mi precoz adolescencia. Y, tiempo después, me pasé horas tratando de dilucidar el misterio de uno de los más notables jardines de piedra de la ciudad de Tokio. Por eso, cuando me propusieron pasar una corta temporada en Kent, el jardín de Inglaterra, y en Sussex, el condado vecino, tan jardín como el anterior, no supuse que me estuviera reservada una nueva iniciación.

Eso fue para mí la visita a los jardines más famosos de Gran Bretaña: los Sissinghurst Gardens. Sí, los de Vita Sackville-West y su marido, Harold Nicolson. Ella era escritora y bisexual. Él también. Ella era heredera del apellido de la familia noble que había vivido en el derruido castillo de Sissinghurst, que por coincidencia estaba a la venta. Él lo compró para darle gusto, para que ella le diera hijos. Le dio dos. Y juntos hicieron un jardín que los conocedores veneran y los aficionados de todo el mundo imitan sin poder copiar.

Más que un jardín, los jardines de Sissinghurst son varios. El blanco, de flores blancas de todo tipo. El herbolario. La arboleda, los nogales, el huerto, el foso relleno de aguas límpidas en las que se reflejan ovejas de frondosas lanas que nos abrigan con solo mirarlas. Algo cálido se instala en nuestros corazones a pesar de la brisa fresca. Una suerte de agradecimiento por este regalo vegetal de sol y pétalos, de sombra de piedra que se inclina ante

la elegancia de una flor de tallo ancho. El misterio del jardín inglés y la razón de su atractivo tan intenso como inexplicable es, en apariencia, el desorden. Más que eso, la libertad. Flores, árboles, hierbas y frutos comparten el espacio sin pelearse y sin discriminarse, en un notable ejercicio de tolerancia.



Más que un jardín, los jardines de Sissinghurst son varios. El blanco, de flores blancas de todo tipo. El herbolario. La arboleda, los nogales, el huerto, el foso relleno de aguas límpidas...

En esta locación inolvidable se inspiró la novelista Virginia Woolf para escribir *Orlando*. Y en la propia Vita Sackville-West encontró al personaje que le daría su nombre al protagonista de la novela. El Orlando de la ficción es primero hombre y luego, de manera inexplicable, se transforma en mujer. La Vita de la vida real es primero mujer, pero luego, de manera intencional, se permite gozar de todos los privilegios que la sociedad de su tiempo le reservaba solo a los hombres. Como en su jardín, ella hizo con su vida un experimento de libertad. ■

\* Creativa.